

De la Rama E, por Luis Felipe Sanz Rebollo

Antes de todo deberíamos comenzar por definir conceptos. El alumno de una clase “e” no es uno cualquiera. Es un niño de unos nueve años ingenuo e inocente y que, sobre todo, no ha tenido ningún contacto con la cultura alemana. El alumno “e” es aquél que se tiene que enfrentar a un mundo ajeno que desconoce por completo y que debe ser capaz de saber integrarse en una nueva cultura por sus propios medios. Ésta es pues la gran tarea que se le encomienda. Si nuestros padres se decantaron por enviarnos al Colegio Alemán fue precisamente por la calidad de la enseñanza y por su preparación en idiomas, especialmente, claro está, el alemán. Sabían que acabaríamos siendo bilingües y casi trilingües, me atrevería a aventurar. De esto puedo dar fe de que es así a día de hoy, ahora que ya me encuentro en la universidad. En cualquier caso, no estamos hablando de un camino fácil, sino más bien complicado, pero que está lleno de experiencias gratificantes y que merece sin duda la pena recorrer porque nos abre las puertas a un mundo y una cultura fascinantes que nos proporciona una diferente y enriquecedora perspectiva de la vida, tanto en un plano meramente intelectual, como a un nivel de relaciones y amistades.

Mi aventura comenzó hace ya casi nueve años en el cursillo donde tomamos primer contacto con la cultura alemana y donde se evaluarían nuestras aptitudes con vistas a un posible ingreso en la rama e. Recuerdo que éramos varios grupos de alumnos, cada uno con su correspondiente profesora. En clase no sólo aprendíamos palabras y pequeñas frases en alemán, sino que también cantábamos o jugábamos. Naturalmente se nos hacían un par de exámenes durante el curso. Pero la lengua alemana no era ella sola lo más importante del cursillo, sino que también debíamos mostrar un comportamiento correcto en clase y que éramos capaces de relacionarnos con nuestros compañeros.

Al final de curso se llevó a cabo el proceso de selección por el cual 25 niños comenzaríamos al año siguiente en la clase 5e. Para algunos, la separación de su antiguo colegio resultó un momento duro, pero en general se vivía un ambiente de expectación e ilusión. En septiembre de 2000 dio comienzo nuestra andadura en el Colegio Alemán, después de que nos enseñaran el colegio. Desgraciadamente habíamos perdido la mayor parte de conocimientos de alemán durante el verano y por eso los primeros meses resultaron bastante difíciles. Ciertamente nos sentíamos algo desubicados. No obstante, estaba a nuestro favor el hecho de que todos nos encontrábamos en la misma situación y estábamos dispuestos a hacer nuevas y rápidas amistades. Aún así el sentimiento de nostalgia de nuestros antiguos compañeros no nos había abandonado. Nuestro alemán era por entonces deficiente y realmente consistía un verdadero escollo hablar con profesores o seguir sus indicaciones. Solían ser situaciones embarazosas pero que con el tiempo fuimos superando. Además, tuvimos que adaptarnos a un nuevo sistema: las notas del 1 al 6, el hecho de hablar alemán en las clases, el llamado libro de clase o “Klassenbuch” etc. Paso a paso empezamos a relacionarnos más. Las amistades con nuestros compañeros se intensificaron y fuimos conociendo a otros niños de las clases paralelas, sobre todo en las excursiones que hicimos por ejemplo a la Granja en Segovia, a los Pirineos o a Doñana. De todas formas, algunos no fueron tan amables como se había esperar. Muchos tenían la idea de que los alumnos “e” recibían menos deberes, de que los profesores eran menos estrictos con nosotros. Esto es, por supuesto,

totalmente falso ya que nosotros teníamos que trabajar muchísimo más para alcanzar su nivel de alemán.

Antes de que la clase “e” se disolviese como tal y nos mezclásemos en la clase 9 (3° de eso) tuvo lugar una de las mejores experiencias como alumnos “e”: nuestro intercambio con alumnos de Bremen. Éste fue nuestro primer contacto “real” con la cultura alemana y para muchos la primera vez que se encontraban en el extranjero. Si bien no mantuvimos el contacto con nuestros alumnos de intercambio, podemos calificar el viaje de inolvidable. La adaptación a la nueva clase fue de nuevo un momento difícil, sobre todo por la importancia de la nota oral, que nos obligaba a desenvolvemos en alemán con toda soltura, pero la supimos resolver con gran solvencia, dado que nuestro conocimiento del alemán era por aquel entonces bastante bueno. Finalmente, durante los últimos y felices años en el colegio, el distintivo de alumno “e” pasó totalmente desapercibido tanto para profesores como alumnos gracias a la plena integración que se había conseguido, hasta tal punto que en el último curso pudimos leer y discutir el Fausto de Goethe sin ningún problema

Por último, a día de hoy puedo decir que me siento orgullo de haber formado parte de la clase “e” y en general de haber sido alumno de este colegio que tanto me ha aportado, sobre todo en cuanto a lo que se refiere a idiomas, a espíritu de trabajo y a saber desenvolverse dentro de la sociedad y a relacionarme con otras personas; sobre todo ahora que tengo que enfrentarme al gran reto de la universidad. *Auf Wiedersehen, Deutsche Schule.*